

SILVANA SERRANO

ANTES  
DE LA  
REVOLUCIÓN



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Serrano, Silvana  
Antes de la revolución, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2016.  
416 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-57-8

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título  
CDD 863

ISBN 978-987-3863-57-8

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2016 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*A Néstor, Vanesa y Laura Serrano.  
Porque, si no los tuviera,  
habría sido imposible escribir esta novela.*

*Ayuda a tu hermano a cruzar el río  
y verás que tú también has llegado a la orilla.*

Proverbio chino

## CAPÍTULO I

Buenos Aires, verano de 1795.

**C**ORRIÓ HASTA QUEDARSE SIN ALIENTO. NO SABÍA SI SE trataba del miedo a ser descubierto lo que le dificultaba la respiración o la sorpresa por lo que acababa de hacer. Puede que tampoco se tratase del miedo ni la sorpresa, sino del tajo que tenía en el vientre. Había recibido una herida profunda antes de dejar atrás el cuerpo sin vida de su contrincante. “El infeliz lo tenía merecido”, se consoló.

Se detuvo en una esquina oscura y se apretó el vientre a la altura de la herida. En la palma de la mano sintió el calor pegajoso de la sangre y un dolor intenso lo instó a rechinar los dientes. No podía cruzar toda la ciudad en ese estado; perdería la conciencia a mitad de la Plaza Mayor y quien lo encontrase no dudaría en presentarlo a las autoridades. Lo que había hecho podía verse como un delito, aunque para él llevara otro nombre: justicia. Sin embargo, nadie lo entendería así sin explicar las razones que lo habían llevado a asesinar a ese hombre, y él tampoco estaba dispuesto a darlas.

No cruzaría la ciudad. Apenas si le quedaban fuerzas para avanzar unas cuantas manzanas después de haber dejado

atrás el zanjón de Granados. Advirtió que estaba muy cerca de la casa del relojero Antonini. El italiano sabría qué hacer.

Con esa idea en mente, echó a correr con las últimas fuerzas que le quedaban. Dos manzanas más y se vio frente al portón del que tantas veces se había colgado cuando era un niño desgreñado y sucio. Vaciló; era muy tarde para presentarse en una casa de familia, por lo que resolvió abrir aquel portón mientras sus ojos vigilaban el entorno y comprobaba que nadie lo hubiera seguido. Estaba a salvo en el último patio del solar de los Montiel. Una vez dentro del establo, se echaría a cabecear unas horas sobre algún fardo. Si tenía suerte, despertaría antes de que lo hicieran los esclavos para escabullirse sin dejar rastro y presentarse donde el relojero.

La suerte no estuvo de su parte. Al amanecer, cuando el negro de los Montiel entró a buscar los granos para alimentar a las aves de corral, se topó con un bulto tembloroso sobre la paja. Tardó en reconocer aquel rostro pálido, sudoroso y lo espantó la mancha oscura que cubría buena parte de su camisa.

—¡Lito! ¡Lito! —lo llamó varias veces. Un buen zamarreo logró su objetivo.

Abel Rojas abrió los ojos a duras penas. Cuando trató de incorporarse, un dolor lacerante a la altura del estómago se lo impidió. Creyó que el techo del establo se le venía encima y al mareo lo sucedieron las náuseas. Oyó el apellido Bracamonte en boca de Pascual, hizo acopio de todas sus fuerzas para impedir que el negro cometiese una imprudencia.

—Ni se te ocurra —resolló—. De esto, ni una palabra a nadie.

—Va a morir se delante de mis ojos, ¿y espera que me quede de brazos cruzados?

—No voy a morir.

—¿En qué lío se metió? Si mi ama se entera de que usted está aquí nos corta la cabeza a los dos.

—Si haces lo que te digo, nadie tiene por qué enterarse de nada. Ve por agua —barbulló al cabo.

Pascual obedeció. Cuando Abel Rojas —a quien todo el mundo llamaba Lito— vació la escudilla y se refrescó la garganta, descubrió que la negra Carmen lo observaba con palmario nerviosismo.

—Mejor se va. Usted sabe que en esta casa los amos no son lo que en la suya.

Lito asintió sin pronunciar palabra. Un fuerte mareo frustró sus intenciones de incorporarse, por lo que debió dejarse caer nuevamente sobre la paja. Había perdido el dominio del cuerpo. El dolor en el vientre se le reflejaba en los miembros inferiores; las náuseas amenazaron con arrebatarse el poco líquido que había conseguido ingerir.

—¡Por san Benito que este chico se muere! —vaticinó la esclava.

Empezó a inquietarlo el fatalismo de aquellos dos. ¿Tan profunda era la herida que le había infligido aquel infeliz? ¿Cuánto tardaría en infectársele? Había perdido mucha sangre, lo sabía, necesitaba que lo viera un médico, pero no podía ser en aquella casa. Tenía que marcharse cuanto antes.

Abel Rojas no era un muchacho violento ni proclive a las peleas, nunca había lastimado a nadie en toda su vida. Era un hombre trabajador. Desde chico había aprendido lo que significaba aquello de ganarse el pan con el sudor de la frente, cuando vendía nueces por las calles de Buenos Aires y su madre se escaldaba las manos en las toscas del río para lavar ropa: un trabajo que hacían las negras y alguna que otra blanca con igual suerte que ellas. La vida los había tratado mal al

principio, tanto a María Rojas como a su hijo natural, fruto de una relación que la condenó a la miseria y al deshonor. Pero todo cambió cuando el destino decidió barajar nuevamente las cartas y ambos conocieron a Honorio Gálvez. Honorio servía a don Lorenzo Bracamonte y, a pedido de su patrón, cuidó de la casa de María Rojas mientras a ella parecía habérsela tragado la tierra. Cuando la madre de Lito finalmente apareció, Honorio Gálvez supo que la desesperación orilla al error y que aquella madre soltera se defendía a los manotazos contra el monstruo de la miseria. Se enamoró de María, y ella de él; a partir de entonces, la suerte cambió tanto para la madre como para el hijo.

Conformada la familia, los tres se trasladaron a la hacienda que don Lorenzo Bracamonte había comprado en el Talar de la Punta de los Olivos. Allí trabajaba su familia, a pesar de que a Lito le habían reservado las tareas más livianas a instancias de la patrona. La señora Bracamonte quería que el hijo de María estudiase, pero debió conformarse con que el chico aprendiese lo básico y se entregase de lleno al trabajo del campo.

Amaba la estancia. Allí se sentía libre, completo. En La Luz vio nacer a sus tres hermanos y comprendió que su madre finalmente tenía lo que se merecía: un compañero que la veneraba y protegía, y unos críos que complementaban su felicidad. A Lito no le importó quedar al margen de esa vida; él ya estaba mayor y podía solo. Trabajaba de sol a sol, la mitad del día a pie y la otra mitad a caballo. A los veintitrés años se sentía más hombre que muchos jóvenes de su edad.

Lito se obligó a reconocer el lugar en el que se encontraba. Pensó en pedirle ayuda al señorito Miguel, el único varón de la casa Montiel, pero descartó la idea de inmediato. No era

justo involucrar al muchacho. El único que podía ayudarlo era el relojero, vecino de los Montiel. La pregunta de la negra Carmen le recordó que no estaba solo en aquel establo.

—¿Qué quiere que hagamos, chico?

—Déjenme solo —pidió—. Cuando vuelvan, ya me habré ido.

\* \* \*

Inesita se pinchó la yema del dedo índice con la aguja. Para evitar que la sangre echara a perder la seda del pañuelo que bordaba, se llevó el dedo a la boca y mordió la carne blanda unos segundos. Miró de soslayo a la criada, la encontró nerviosa, quizá más que ella, y decidió compartir sus miedos con la negra.

—Gabina nos meterá en un buen lío.

La esclava la miró con el ceño fruncido. La señorita acababa de arrancarla de sus cavilaciones y tuvo que aclarar la mente para entender lo que le decía. Inés comprendió entonces que la negra y ella no estaban preocupadas por lo mismo y decidió averiguar qué la tenía tan inquieta. Hizo a un lado la labor y la miró fijamente.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

—Una respuesta rápida. Más bien diría que acabas de escupirla. ¿Hay algo que quieras contarme, Carmela?

—¡Y yo qué voy a querer contarle que usted no sepa, niña! Si su señora madre despierta de la siesta y la señorita Gabina no está de regreso, en buen lío ha de meternos a todos.

—Eso mismo pensaba —admitió la muchacha al tiempo que cerraba la caja de labores y se ponía de pie—. Este nuevo

capricho de mi hermana puede costarnos muy caro. Solo deja que mi madre lo descubra.

—¡Virgen santísima!

La esclava se persignó en un revoleo de dedos; al cabo, su mano derecha acabó abierta sobre el pecho. El corazón de la negra batía al son de los tambores de Monserrat. La palabra “descubra” le había horadado la cabeza de una oreja a la otra. No podía dejar de pensar en Lito y en el momento en que lo había creído lejos, ella y Pascual se asomaron al establo y lo encontraron inconsciente. ¿Qué iban a hacer con el chico? Entre dientes, Lito les rogaba que no informasen a nadie su presencia en la casa. “Ese chico se muere, y a nosotros nos cuelgan en la plaza”, había sentenciado la negra Jacinta.

Por esas horas, todos los esclavos de la familia Montiel estaban al tanto de la situación.

La puerta de calle se abrió y, desde el estrado, Carmen e Inesita vieron llegar a Gabina acompañada por Pancha, otra de las criadas. A la menor le volvió el alma al cuerpo y suspiró el alivio.

—¡Nos tenías muy preocupadas, mujer! Te demoraste más de la cuenta.

—¡Ha estado increíble!

La sonrisa deslumbrante de la mayor contrastaba con el ceño fruncido de la otra. Gabina se quitó la mantilla que llevaba en la cabeza y se la dejó caer sobre los hombros. Hizo lo propio con los guantes mientras Panchita se acercaba a recogerlos.

—Ciertamente, es lo que dice tu apariencia —tuvo que admitir la menor.

—El señor Gaitán asegura que soy el diamante en bruto de la compañía. Incluso ha mencionado que pronto designará

los papeles de la obra en la que debutará como director teatral. Si todo va bien, puede que me incorpore al elenco antes de lo previsto.

—Dime que no hablas en serio —se inquietó Inés—. Una cosa es tomar clases de teatro y otra muy distinta es pisar un escenario.

—¿Y para qué iba a querer alguien estudiar teatro si no es para pisar alguna vez un escenario? ¿Te das cuenta? Conocer a Damián Gaitán es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Fue una especie de señal encontrármelo en aquella tertulia y descubrir a qué se dedicaba. ¡Ni qué decir que haya aceptado mi incorporación a la compañía! Tengo mucho por aprender y, a partir de hoy, mi prioridad serán las clases que ese buen hombre está dispuesto a darme.

La boca de Inés se abrió, aunque no salió de ella sonido alguno. Conocía demasiado a su hermana como para saber que era inútil cualquier intento de disuasión y, como siempre, se rindió ante la personalidad avasallante de Gabina. De las muchas cosas que hacía para sacar de quicio a su madre, no cabían dudas de que aquella se llevaría el premio, pero ¿qué podía hacer Inés al respecto? Y lo peor era suponer que terminaría enredada en las mentiras que su hermana inventaría para salir de la casa a escondidas de doña Clara Montiel.

—¡Carmela, muero de hambre! —exclamó Gabina—. Prepara el mate y dile a Jacinta que ponga a freír los pastelitos.

La negra se retiró a cumplir el mandado mientras rumiaba por dentro sus propias preocupaciones. Ya había cruzado el primer patio cuando Jacinta le salió al encuentro.

—Lito despertó. Le pidió a Pascual que vaya donde el relojero.

—¡Lo que necesita ese chico es un matasanos, no un relojero!

—Pues yo no sé, pero, si Lito dice que el señor Antonini va a sacarlo de aquí, mejor nos damos prisa antes de que se nos muera a nosotros.

Carmen volvió a persignarse. El negro Pascual salió por los fondos del solar mientras los demás criados fingían una calma que no sentían. Apreciaban a Lito, pero a quien más querían era a doña Consuelo, la hija mayor del difunto Cipriano Montiel. Si algo le sucedía al protegido de doña Chelo, ella no les perdonaría a sus antiguos criados la falta de no haber sido informada a tiempo. Por otro lado, Lito lo había prohibido terminantemente. ¿Qué hacer? “Pues que lo arregle el relojero”, resolvieron.

Mientras esperaban que don Santiago Antonini se hiciera cargo del chico, Carmen cebó el mate a las señoritas con el cuerpo presente y la mente en el establo. Gabina, eufórica como estaba, ni lo notó; sí Inesita, quien percibió con claridad la zozobra de la criada. Más tarde, cuando se quedaron nuevamente a solas, la increpó sin rodeos:

—¿Vas a decirme qué es lo que pasa o tendré que averiguarlo por mi cuenta? He tenido que repetirte las cosas todo el santo día.

—¡Ay, mi niña! A usted qué voy a esconderle si me conoce mejor que nadie. Pero, antes de saber, tiene que jurarme...

—¿Desde cuándo he tenido que jurarte algo, Carmela? —la interrumpió—. También me conoces mejor que nadie y sabes que no soy ninguna chismosa. El juramento que me pides es casi un insulto.

—No se ofenda, amita, sucede que lo que tengo para decirle es muy grave.

—Entonces dilo de una buena vez.

—¿Se acuerda de Lito, el muchachito roñoso al que su santa hermana le compraba nueces y metía a la cocina a escondidas de doña Clara para darle de comer?

—Por supuesto que lo recuerdo. Hoy día está empleado en La Luz. —Inés hablaba de la estancia de don Lorenzo Brahamonte, esposo de su hermana Consuelo—. El muchachito roñoso al que te refieres se ha convertido en un joven trabajador y responsable.

—Pues el muy trabajador y responsable nos acaba de meter en un buen lío, niña. Esta mañana...

Carmen le contó todo. No solo porque necesitaba compartir el peso de lo sucedido, sino porque estaba segura de que podía confiar en la discreción y madurez de la muchacha. Inesita era la menor de los hermanos Montiel y, aunque en lo físico eran el día y la noche, su carácter se asemejaba mucho al de doña Consuelo, la mayor. Una muñequita de porcelana rubia, muy blanca de tez y ojos verdes del olivo, que rezumaba la sabiduría de los años que no se han vivido, amparada en el ejercicio de las virtudes con las que había nacido. Inés era paciente, mesurada, generosa, y a diferencia de Gabina, jamás obraba por impulso.

—Pascual fue a dar aviso a don Antonini —concluyó la criada—. Según Lito, el relojero vendrá por él, ¡y a otra cosa!

—A quien debieron avisar es a mi cuñado —discrepó la muchacha.

—El chico se negó rotundamente a que diéramos parte a don Lorenzo, y ya sabe lo que dicen: la voluntad de un moribundo es palabra santa.

—¿Tan mal está?

—Mire niña, yo no sé cuánta sangre llevamos los mortales en el cuerpo, pero a este se le ha salido una buena cantidad.

—¿No explicó en qué circunstancia se lo hizo?

—¡Qué va a explicar si se lo pasa dormido el inocente!

—Te diré lo que haremos, Carmela. Esta noche, la familia está invitada a cenar en casa de los Escalada. Le diré a mi madre que no me siento bien y me quedaré aquí para ocuparme personalmente del asunto. Debo asegurarme de que Lito será atendido por un médico, lo lleven donde lo lleven.

\* \* \*

Recién cuando doña Clara Montiel y sus hijos, Miguel y Gabina, salieron para lo de los Escalada acompañados por Pancha y Severo, Inesita dejó su alcoba y se dirigió al establo. El sol había desaparecido en el horizonte, pero todavía quedaban unos minutos de claridad. Esto permitió que la muchacha observara el semblante del herido sin el efecto mortecino que proyectaría la luz de una vela. Aun así, el color grisáceo en el rostro de Lito la asustó.

La frente perlada del joven daba cuenta de su estado febril, y temblores convulsivos sacudían el cuerpo que Severo y Pascual habían colocado sobre los fardos de heno.

—Se ve muy mal —susurró Inés al tiempo que posaba su mano derecha en la frente del muchacho—. Hay que traer al médico.

—Lito nos prohibió que...

—¡Me tiene sin cuidado lo que les haya dicho este inconsciente! —espetó la muchacha con una vehemencia que pocas veces usaba para dirigirse a los esclavos—. Si algo le pasa a Lito, los haré responsables por no haberme avisado a tiempo

que teníamos un herido en la casa. Pascual, ve por el doctor Justo. ¡No te demores! Jacinta, trae un cuenco de agua fresca y varios paños.

Que la señorita Inés tomara el toro por las astas alivió a los esclavos; el herido dejaba de ser su responsabilidad.

Mientras Pascual regresaba al solar, acompañado por el galeno, Inesita se ocupó de enfriar la cabeza de Lito a fuerza de intercambiar paños embebidos en agua fresca. Aunque no tenía experiencia en cuidar enfermos, había visto a Consuelo hacer lo mismo en la frente de sus hijos cuando tenían fiebre. Estaba muy preocupada por el muchacho y no dejaba de preguntarse qué hacía Lito en ese establo, quién lo habría herido, por qué les había prohibido a los criados que avisaran a Bracamonte u otros allegados lo que estaba sucediendo. Por último, ¿qué relación tenía Lito con don Santiago Antonini, el relojero?

Las respuestas a todos estos cuestionamientos debieron esperar a que el doctor Justo García lo revisara y explicase a Inesita la gravedad del asunto.

—La herida es profunda y ha perdido mucha sangre. Aparentemente, el corte no parece haber afectado ningún órgano vital. El mayor peligro es la infección —continuó García—. La prioridad es mantenerlo limpio y, en lo posible, fresco. Por otro lado, el paciente debe ser hidratado: fuércenlo a beber caldo e infusiones a todas horas.

Inesita pagó la visita al galeno y lo despidió tras un pedido inusual que ni ella pudo creer que se atrevería a expresar:

—Don Justo, le ruego que no comente con nadie lo que ha visto.

—Cuenta con mi discreción, niña. Cualquier novedad, no dude en llamarme.

—Así será. Muchas gracias.

\* \* \*

Santiago Antonini apareció cerca de las once de la noche por el portón de mulas que daba a los fondos del solar. Como Lito seguía inconsciente, Inés se hizo cargo de la situación y habló con el relojero. Le daba mucha vergüenza interrogar a su vecino, pero debía hacerle saber a ese hombre que el doctor Justo había desaconsejado que movieran al herido hasta que se recuperase al menos un poco.

—Lamento que haya venido hasta aquí en vano. Desconozco las razones que tuvo Lito para pedir por usted, pero le aseguro que en esta casa lo cuidaremos como es debido.

—¿En un establo?

La pregunta mordaz del relojero la intimidó. Inés miró a Lito y se mordió el labio inferior. ¿Dónde más podía llevarlo? El nerviosismo que le provocó pensar qué pasaría cuando su madre se enterara de lo que sucedía en los fondos de su propia casa la hizo vacilar.

—Será mejor que lo deje en mis manos, señorita. He traído a uno de mis criados para que me ayude a trasladar al muchacho.

El hombre había dado una orden, o así lo entendió Inesita. La ofuscó que no tuviera en cuenta ni sus dichos ni su preocupación, pero no se atrevió a imponer su voluntad.

—Dígame al menos adónde piensa llevarlo.

El relojero sonrió de lado. Pensó que bien podía ignorar cualquier interrogatorio, pero se apiadó de la muchacha y exhaló una bocanada de aire antes de decir:

—Lo llevaré a mi casa. Estará bien atendido, se lo aseguro.

—¿No cree que deberíamos dar parte a su familia?

Antonini levantó la mano para callarla.

—Por ahora, será mejor que nadie sepa dónde está. No sabemos en qué lío se metió el *ragazzo*. Debemos ser cautos.

—Entiendo.

Pascual y un negro corpulento que acompañaba a don Santiago colocaron el cuerpo inerte de Lito sobre una tabla. El movimiento lo despertó y, apenas abrió los ojos, se encontró con los de Inés. Ella caminaba en silencio, sin despegarse de la tabla en la que era transportado.

—Agua —lo oyó balbucear.

—¡Quietos! —ordenó ella a los esclavos—, iré por un cuenco.

Antonini se mostró impaciente, pero no opuso resistencia. Esperó a que la señorita Montiel regresara con el agua y se la diera a beber al herido.

—Rezaré por ti, Lito —prometió en voz baja antes de apartarse de él—. Estarás bien.

Habían jugado juntos cuando eran niños, pero la vida y las clases sociales a las que pertenecían los habían segregado. En la estancia de los Bracamonte, pocas veces habían cruzado un saludo en esos años. Pertenecían a mundos diferentes. Inés no supo qué la llevó a tutearlo cuando, en realidad, Lito y ella eran dos desconocidos. Se justificó habida cuenta del estado delicado del muchacho y de su sincera preocupación, y por eso mismo se había atrevido a apretarle la mano al realizarle la promesa.

Inés permaneció en la calle hasta que la oscuridad los tragó más allá de la lumbre de un farol. Se llevó la mano abierta al pecho. Los latidos del corazón hacían bailar sus dedos.

—¿Crees que Lito se pondrá bien? —preguntó a Carmen cuando la esclava la instó a entrar en la casa.

—A Dios gracias, eso dejó de ser problema nuestro, niña.